

reino? *Auferetur à vobis regnum Dei... noli altum sapere, sed time... alioquin et tu excideris.*

Omnipotente y sempiterno Dios, Señor de toda bondad, y Padre de misericordia, apartad, os rogamos, vuestros ojos para no ver nuestras iniquidades. Nosotros hemos pecado, abusando de vuestra clemencia: no somos ya dignos de llamarnos hijos vuestros. Mas reconocemos nuestros yerros; los detestamos á presencia vuestra y de los ángeles tutelares de este templo; volvemos arrepentidos y con un firme propósito de no volveros á ofender. ¿Nos arrojaréis, Padre nuestro? ¿Nos negaréis el perdón que pedimos humillados? Alentad vuestra esperanza, hermanos míos, y ratificad vuestra resolución á los pies de Jesucristo, diciendo en lo íntimo de vuestro corazón: Señor mio Jesucristo &c.



## SERMON

PARA LA

DOMINICA TERCERA

DE CUARESMA,

sobre las vanas esperanzas del pecador que difiere la penitencia.

*Et fiunt novissima hominis illius peiora prioribus.* Luc. XI. 26.

Serán los fines de aquel hombre peores que sus principios.

SEÑORES:

Este terrible oráculo de nuestro Salvador, en la ocasion de haber



curado á un hombre poseido del demonio, debe turbar sin duda aquella falsa paz y funesta calma en que reposan un gran número de pecadores, que difieren su conversion (como una cosa que está en su arbitrio) hasta la hora de la muerte. En este endemoniado entienden comunmente los padres y expositores á un pecador reincidente y de costumbre, ciego, sordo y mudo; que ni ve el infeliz estado de su conciencia, ni el abismo en que se expone á caer, y que se presenta mas de una vez á los ojos de su fe; ni oye la voz de la gracia que le habla al corazon, ni la palabra de Dios, que tantas veces ha sonado como una trompeta á sus oidos, anunciándole la incertidumbre de la hora, el rigor de la cuenta, lo inexorable del supremo Juez, la eternidad del destino, feliz ó infeliz, segun sus obras; ni habla para manifestar sus pecados (con el debido

dolor y propósito) al ministro de la reconciliacion, ni para implorar el auxilio y la misericordia del Señor, á quien tiene ofendido; ni atiende finalmente á las tribulaciones con que, para su bien, á veces le visita, ni á la adorable paciencia y longanimidad con que espera Dios su penitencia.

Hé aqui el estado ordinario de los pecadores de costumbre. Ellos no obstante viven en la firme persuasion de salvarse, difiriendo su conversion de dia en dia, y contando hasta en la hora de su muerte con todo lo necesario para obrar su salud; porque entonces creen poder disponer á su arbitrio del tiempo, de su voluntad, y de la gracia de Dios. Vanas esperanzas que les sugiere el demonio para perderlos, como san Agustin se explica: falsa seguridad con que los entretiene durante su vida, para triunfar de ellos mas á su salvo en la hora de la muerte: paz



falsa y amarguísima, según la expresión del Real profeta, en que el alma se descuida y entorpece, en que los vicios se multiplican, en que el demonio se fortifica como en un castillo inexpugnable, y en que Dios, para decirlo de una vez, en justo castigo del abuso que en tiempo han hecho de sus gracias, suele escasearlas, ó retirarlas. Sobre esta clase de pecadores recae principalmente la sentencia de Jesucristo, cuando afirma que serán peores sus fines que sus principios: *et fiunt novissima hominis illius, pejora prioribus*. Para despertarlos pues del profundo letargo en que yacen, y disipar sus tinieblas, les haré ver en esta hora la vanidad de sus esperanzas de conversión, si la diferien hasta la muerte. Esta será la materia. Si ella os contrista, yo me alegraré con S. Pablo, de haberós contristado hasta obtener de vosotros una pronta y verdadera pe-

nitencia. Como tengo la satisfacción de hablar á un pueblo cristiano, y que desea su salud eterna, me lisonjeo de vuestras atenciones y benevolencia sobre un asunto que tanto os interesa. Ayudadme pues á pedir las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesión de María santísima. Saludémosla con el ángel.

*Ave Maria.*

*Et fiunt novissima &c.*

Basta echar por un momento la vista sobre las santas escrituras, y los testimonios que acerca de la materia nos han dexado los padres de la Iglesia, para quedar plenamente convencidos del inminente y gravísimo peligro de condenación á que está expuesto el pecador que difiere su conversión hasta la hora de la muerte; porque es muy dudoso



tenga entonces tiempo, voluntad y gracia para hacer saludable penitencia. Reflexionemos.

El pecador, señores, cuenta con el tiempo como si lo hubiese recibido, no en depósito, sino como un censo, para poder disponer de él á su arbitrio; sin considerar que el número de nuestros años es incierto, como decia Job, y que según la expresion del mismo Jesucristo, no se nos ha concedido tener conocimiento de los tiempos ó momentos que reservó para sí el Padre celestial. "No tardes pues en convertirte al Señor, nos previene el Espíritu Santo en los proverbios, ni lo diferas de día en día; ni digas: la misericordia de Dios es grande, y se compadecerá de la multitud de mis pecados.... porque repentinamente vendrá sobre ti su ira, y en el tiempo de su venganza te exterminará." ¡Qué de figuras, qué de símbolos, qué de parábolas no nos presentan

los sagrados libros para turbar la falsa paz de los pecadores, y advertirles la vigilancia que deben tener para no ser sorprendidos en la venida del supremo Juez de vivos y muertos!

Aqui nos proponen un avariento rico y entregado á los placeres, que solo piensa en agrandar sus troxes, para recoger sus abundantes frutos, y pasarlo bien por muchos años, intimándole su muerte en aquella misma noche. Allí nos presentan unas vírgenes descuidadas y necias, que no habiendo preparado aceite para sus lámparas, cuando quisieron buscarle para recibir al esposo, que vino á la media noche, fueron desconocidas y excluidas del convite, y recibieron por respuesta: velad y orad, porque ignorais el dia y la hora. Aqui nos dicen, que vendrá como un ladrón en el silencio de la noche, y que no sabremos la hora de su terrible venida. Allí nos testi-



fican que vendrá sobre nosotros como un ave de rapiña, que sorprende y arrebatada en un momento la tímida é incauta presa. Aquí nos amenazan comparando su venida con la del dueño de una casa, que se presenta en ella en el tiempo mismo de haberla puesto en desórden un esclavo. Allí.....

Mas no nos detengamos en multiplicar oráculos sobre una verdad tan notoria, y que tocamos cada dia con una triste experiencia. No es mi ánimo traerlos á la memoria aquellas muertes trágicas, que os han llenado mas de una vez de terror y confusion: ni quiero os limiteis á considerar únicamente la desgraciada suerte de tantos jóvenes de uno y otro sexó, arrebatados en la flor de su edad, y cuando solo pensaban en satisfacer sus apetitos; ni la desastrada muerte de tantas personas robustas, que contando con muchos años de vida, cedieron en

un momento á la violencia de un rayo, de un incendio inopinado, ó al cruel golpe de un asesino; ni os hablaré una palabra de aquellos hombres criminales, que solo llaman al confesor cuando asaltados, por la proximidad de su muerte, de horribles convulsiones, estan como fuera de razon, y solo aprópósito para arrojar lamentos y suspiros, que apenas entienden lo que se les dice; y tan sordos á veces, que únicamente son capaces de oír la voz del soberano Juez cuando los llame á juicio.

Yo quiero ser mas indulgente con vosotros, ¡pecadores temerarios y presuntuosos, que diferís vuestra conversion hasta la muerte! Quiero permitirlos por un momento que veais acercarse lentamente vuestra hora, y que un ministro del Señor os anuncie de su parte la muerte inevitable, como lo hizo con el rey de Judá el profeta Isaías. ¿Tendreis en



esta hipótesis lugar de convertirlos, habiendo vivido hasta este momento en el crimen? ¡Ah señores! yo me atrevo á deciros, que entonces es muy dudoso tengais tiempo oportuno y aceptable. Es bien raro, dice un sabio, pasar rápidamente del amor dominante del pecado al amor de Dios y de las cosas celestiales; de la esclavitud del demonio y de las pasiones al reino de Jesucristo en nuestras almas; del hábito de los pecados al estado de la gracia.... La conversion de los pecadores, principalmente de los consuetudinarios y envejecidos en el vicio, se obra lentamente en el curso ordinario, y á veces por grados insensibles; y por esta causa la Iglesia preparaba largo tiempo á los catecúmenos antes de recibirlos al bautismo, y á los cristianos delincuentes en ciertos crímenes prescribía años enteros de la mas severa penitencia; ni en el dia los admite al

sacramento de la reconciliacion, sin haber dado antes muestras de arrepentimiento, de dolor, y de un firme propósito de la enmienda. ¿Será por ventura privilegio de las cercanías de la muerte obrar con facilidad la correccion de estos necios impios y malvados, que tan difícil juzga y publica el Espíritu Santo? ¿Ó bastará que el enfermo vea su próximo peligro, para renunciar del cuerpo del pecado, triunfar de todos sus vicios, é inflamarse en amor de Dios y en caridad? ¿Esperar á convertirse en estos últimos dias, será un método abreviado y seguro de conseguir la salud eterna?

¡Ah señores! ¡cuán distintamente piensan sobre la materia los padres de la Iglesia! S. Juan Crisóstomo no duda llamar á estas mutaciones, conversiones de teatro. San Agustin, hablando de los que difieren su penitencia hasta la muerte, se explica con estas terribles



palabras: de cien mil hombres, cuya vida fuere mala hasta la muerte, uno apenas obtendrá el perdón de Dios; y no he hallado en los sagrados libros, que en cinco mil años se haya salvado sino uno; por lo cual es peligroso y próximo á perecer eternamente, retardar la penitencia hasta la última hora. Teme pues, concluye este padre, no sea que la muerte te arrebaté, la dilación perezca, y suceda la condenación eterna. El impio, dice S. Gregorio, el impio que retarda su penitencia hasta la última hora, la obtendrá; mas será una penitencia sin fin. Es mas fácil conservar por toda la vida la inocencia del bautismo, que recobrarla en la muerte por la penitencia. ¿Os parecen duros estos testimonios? Oid otros mas fuertes de boca del mismo Dios. *El corazón endurecido lo pasará mal en su muerte; y el que ama el peligro, en él perecerá,* dice por el eclesiástico; *porque el*

*camino de los pecadores está apisonado de piedras, y el fin que les espera son los infiernos, las tinieblas y las penas.*

¿Mas qué hago? ¿pretendo inspirar la desesperación á los pecadores? ¿Anuncio como imposible la conversión de los moribundos? ¿Está para ellos abreviada la mano del Señor? Nada menos. Yo alabo y bendigo su misericordia. Yo sé que de tiempo en tiempo ha hecho ostentación de su infinita bondad, haciendo triunfar á su gracia de los pecadores mas duros y obstinados. San Mateo, la Samaritana, la pecadora del evangelio, la adúltera, S. Pablo, S. Agustín, para omitir otros muchos, son otros tantos monumentos auténticos de su inefable caridad. Ni se me oculta que al buen ladrón se le concedió el paraíso en el momento de ser ajusticiado por sus delitos. ¿Pero quién duda que todas estas conversiones fueron milagro-



sas? ¿quién ignora sería un gravísimo pecado de presuncion y de temeridad esperar á salvarse por milagro? Y en órden al buen ladron, debe tenerse presente, como reflexiona el Emiseno, no solo la devocion de su fe, sino las circunstancias que sirvieron como de motivo para el perdón; por ser un dia en que titubeó hasta la fe de los justos; dia en que Jesucristo murió en la cruz; dia de jubileo universal para todo el mundo; dia en que se satisfizo con tanta pròdicalidad el precio de nuestra redencion; dia en que se abrieron los abismos de la divina clemencia, y en que se difundieron sobre la faz de la tierra las fuentes de la misericordia del Señor. Mas dadme otro ladron, dice S. Agustin; es decir, otro que habiendo permanecido hasta su muerte en el pecado, merezca oír: *hoy serás conmigo en el paráiso*. Si registramos todo el cánon de las es-

crituras, como se explica S. Bernardo, solo hallamos al buen Ladron que se haya asi salvado. Ademas, que yo no digo, ni católico ninguno afirma ser imposible la conversion de un pecador moribundo, por obstinado que haya sido; pero sí afirmo, apoyado en los divinos oráculos y en el testimonio de los padres, que es sumamente difícil, incierta y dudosa la penitencia retardada hasta aquella hora, por falta de tiempo aceptable y oportuno.

Ni es menos dudoso é incierto tenga en aquel momento voluntad ó deseo sincero de convertirse. ¡Oxalá, señores, fuese un falso profeta en esta hora, y solo hablase mentiras! como lo deseaba en otro tiempo Miqueas: *utinam non essem vir habens spiritum, et mendacium potius loquerer!* ¡Oxalá en lugar de anatemas pudiera llenar de bendiciones al pecador, poniéndolas Dios en mis labios como en los de Balaam! ¡Oxa-



la pudiese ceñirme á anunciaros cosas de placer y alegría, como pedia el pueblo de Israel al profeta Isaías! ¿Pero cómo haré yo traicion á la divina palabra? ¿Cómo me expondré á incurrir en la indignacion de Dios por complacer á los pecadores? Hijo del hombre, dice á su profeta Ezequiel, si cuando te mando digas al impío que morirá eternamente, no se lo anuncias de mi parte, él morirá en su pecado; mas su condenacion la requeriré de tu sangre.

Bien conozco que las verdades que os anuncio son terribles en sí mismas; pero por no contristaros, ¿os ocultaré los juicios del Eterno? ¿Os dexaré caer tranquilamente en las manos de Dios vivo, por no turbár vuestra funesta paz? ¿Os abandonaré á una temeraria presuncion, por no inquietar la piscina de vuestras conciencias? No, señores, no pretendo arrojaros en la desesperacion de Caín; mas quiero impedir arras-

treis hasta el sepulcro la dureza de Faraon. Turbaré vuestra pérvida tranquilidad, y nada os ocultaré de aquellas palabras, que faltarán primero los cielos y la tierra, que el pleno cumplimiento de una de sus sílabas.

“Si, hermanos míos, (me valgo de las expresiones enérgicas de un célebre orador de nuestro siglo), si vuestra última enfermedad os sorprende en vuestros desórdenes, que no habeis procurado expiar por la penitencia hasta este momento, es muy dudoso tengais deseo sincero de conversion, y acaso llevaréis hasta el último aliento una obstinacion sellada con el crimen. ¿Cuántos monstruos de esta naturaleza no se han visto morir en todos tiempos! ¿Qué no pueda yo representaros aqui los diferentes géneros de muerte escandalosa, que siempre se han mirado como un sello público de la reprobacion! ¿Qué diriais de este avariento moribundo, que solo sien-



te, como el rey de Amalec, la separacion de sus riquezas; que no quiere restituir unos bienes que á su pesar se caen de entre sus manos trémulas; y que abandona su alma con mas gusto que sus tesoros? ¿Qué de este ambicioso, empleado toda su vida en nutrir proyectos quiméricos, y que se ocupa aún en el edificio de su fortuna, cuando está próximo á caer en el sepulcro? ¿Qué de esta persona sensual, cuyo corazon arde aún en una llama impura, cuando no es mas que un esqueleto asqueroso, cuyas últimas palabras son juramentos abominables hechos al objeto de su pasion; cuyas últimas miradas van dirigidas á su ídolo; y cuyo último suspiro es el último crimen? ¿Qué de este moribundo desesperado, que como otro Caín, cree irremisibles en aquel momento sus pecados, que consternado de los juicios de Dios, solo ve en el cielo un Juez inexorable, al-

rededor de sí á los demonios, y baxo sus pies el infierno abierto; que muere asi sin piedad, sin consuelo, sin esperanza, y habiéndose ya reprobado él mismo?... ¿Qué de este impio, que solo junta el resto de sus fuerzas para vomitar blasfemias contra el cielo? ¿Qué de este vengativo, que rehusando perdonar á su enemigo, conserva hasta el sepulcro sus ódios inveterados? ¿Qué en fin de esta persona jóven, que arrebatada inopinadamente en la sazón de sus placeres, hallándose con horror cerca de las puertas del abismo, sin haber mediado sus dias, sin haber hecho penitencia, y mil veces mas sensible á la necesidad de abandonar un mundo á quien adora, que al abandono de su Dios?... Despues de tan funestos exemplos, ¿no podré yo desconfiar de la penitencia de los pecadores, diferida hasta el lecho de la muerte? Sus proyectos de santidad, de que han abusado tanto



tiempo, ¿no es muy dudoso los pongan en execucion en aquella hora? Las dilaciones de penitencia, que en salud renovais todos los años, las renovaréis entonces todos los dias, disputando hasta las horas á la penitencia.

Mas *acaso* tendremos en la hora de la muerte, dicen (no sin temeridad) algunos, un deseo sincero de conversion, que inflame en nuestra alma el amor de la justicia, y entonces con un solo *pequé* lograremos nuestra justificacion, como la consiguió David. ¡Temeraria presuncion, mortales! Cuando se trata del alma y de la eternidad de la vida, dice S. Juan Crisóstomo, no apoyeis vuestra esperanza sobre el debilísimo fundamento del *acaso*, expresion que debe estar muy distante de la boca de un cristiano. Tomad el partido cierto, y abandonad el incierto, nos previene un padre de la Iglesia. ¿No estaria delirando el

enfermo, que á un remedio seguro prefriese otro, que *acaso* le aprovecharia? ¿No seria loco el caminante, que dexando la senda cierta para llegar á su destino, emprendiese otra, que solo *acaso* le conduxese al mismo lugar? ¿No seria un necio, un demente, el que se entregase al sueño en la orilla de un pozo, solo con la esperanza de que *acaso* no se rodaria? *No quieras pues ser necio*, dice el Espíritu Santo, *no sea que mueras fuera de tu tiempo.* El jóven, añade, *aun cuando llegue á la vejez, no abandonará la senda que ha emprendido; y cuando llegue el impío á la profundidad de sus pecados, todo lo desprecia*: los consejos, las leyes, las amenazas, las correcciones, los exemplos, los derechos; y por este medio sucede de ordinario, que el que no ha querido enmendarse en los primeros años, empieza á no querer en los siguientes, como se explica Eusebio el Emiseno.



Pero permitamos que algunos de estos pecadores que han diferido su penitencia hasta la muerte, manifiesten *acaso* en aquella hora deseos de conversion. Permito que derramen muchas lágrimas; ¿mas si serán hijas del dolor y compuncion de sus culpas, ó *acaso* gemidos inútiles, como de los de Esaú testifica la escritura? Permito, que digan *pequé*, á imitacion de David; ¿mas si hablarán de corazon, ó *acaso* solo en apariencia, como cuando Saúl evocó la sombra de Samuel? Permito hagan oraciones y votos fervorosos al Señor; ¿mas si procederán de amor de Dios y verdadero arrepentimiento, ó serán *acaso* como los deseos y protestas de Antíoco, de enriquecer el templo del Señor, reparar sus sacrílegas violencias, y publicar por todo el mundo la gloria y la magestad del Dios de Israel? Se oye, yo lo confieso, se oye á muchos de estos moribundos envejecidos en el vi-

cio, pronunciar, *Señor, pequé*, con sollozos y suspiros; ¿mas si será *acaso* este *pequé* tan inútil como el de Faraon y de Judas, y principio lamentable de un grito sempiterno? S. Agustin desconfía mucho de estas conversiones, y acerca de ellas afirma, que lo que esta clase de pecadores teme, es arder, no el pecar: *ardere metuunt, peccare non metuunt*; porque sus vicios, añade, son los que los han abandonado, no ellos á los vicios: *Dimiserunt te peccata, non tu illa.*

En efecto, si á uno de estos penitentes de teatro llegase un profeta, que de parte del Señor le anunciase, como al rey Ezequías, que aún tenia vida para muchos años, veriais cuán presto desaparecia toda la máscara de penitencia. Al punto separaria de sus manos el crucifijo, á quien estaba haciendo antes tiernas deprecaciones; enxugaria sus lágrimas; despediria al sacerdote que



le asistia y consolaba; cesaria la profusion de sus legados píos y limosnas, y apenas convallecido del miedo de arder en el infierno, le veriais volver como el perro al vómito, ó como el cerdo al lodo. Sus crímenes detenidos por algun breve espacio de tiempo, como las aguas del mar Roxo mientras pasaba el pueblo hebreo, ó como las del Jordán en el tránsito del arca del testamento, correrian despues á manera de impetuosos torrentes, envolviéndole en el abismo en que antes yacia.

¿Pero qué digo? ¿No es esto lo que tocamos por experiencia en la convalencia de muchos pecadores? ¿No vuelve, dice un sabio, el avariento á su tesoro y á su anterior codicia; el ambicioso á sus intrigas, y tal vez simonías; el inicuo magistrado á sus prevaricaciones; el mundano á sus mismos placeres; la muger impura á sus prostituciones; el hipócrita á sus sacrilegios; el impío

á sus blasfemias? Tan cierto es que la pretendida conversion no tenia otro principio que la presencia del peligro, y que no procedia de verdadero dolor de sus pecados, ni del amor de Dios y deseo sincero de la salud eterna: *dimiserunt te peccata, non tu illa. Ardere metuunt, peccare non metuunt.* Para no exponernos pues al riesgo de perecer en el juicio de Dios, no dilatemos la penitencia, porque no sabemos si tendremos el necesario tiempo y voluntad verdadera de convertirnos al Señor en nuestra última enfermedad. Ni para este efecto tenemos tampoco vinculada la gracia. Seguidme atentos.

Para no errar en materia tan delicada, es necesario suponer ciertos principios que la religion nos enseña, y en que todo fiel cristiano debe estar instruido. En primer lugar es dogma de fe, que no hay pecador, por duro, por envejecido, por obstinado que sea, que deba deses-



perar de su conversion, si quiere seguir las inspiraciones de Dios, con cuyo auxilio todo lo podemos en el orden de la salud, segun la sentencia de S. Pablo. En segundo lugar es de fe, que sin la gracia nada podemos hacer, como dice el mismo Jesucristo; y el concilio de Trento cubre de anatemas al que dixere, que sin que preceda la inspiracion del Espíritu Santo y su auxilio, puede el hombre creer, esperar, ó arrepentirse como conviene, para que se le confiera la gracia de la justificacion. Bástale al hombre para incurrir en el pecado, dice S. Agustin, el propio albedrío con que se ha viciado á sí mismo; mas para volver á la justicia necesita de médico, porque está enfermo; necesita de quien lo vivifique, porque está muerto.... ¿Quién pues hará penitencia si Dios no se la diere? ¿No dice el Salvador: *ninguno puede venir á mí, si el Padre que me envió no lo traxere?* Igual-

mente cierto es, que no podemos merecer la gracia, ni á nadie es debida de justicia, porque dexaria entonces de ser gracia, como el Apóstol nos enseña. Es un don puramente gratuito que Dios nos da, para que podamos obrar en el importantísimo, ó por mejor decir, en el negocio único de nuestra salud. Por tanto conviene, dice S. Agustin, que seamos cooperadores de la gracia de Dios, y que sigamos sus inspiraciones, ya cuando nos excita, ya cuando nos ayuda, ya cuando nos enriquece, ya cuando nos trae. Por manera, que la gracia es la primera que obra, y ningunas obras meritorias de la vida eterna haríamos, si Dios no nos previniese y excitase para obrar bien.

Últimamente, es de fe, que habiendo muerto Jesucristo para redimir á todo el género humano, borrando con su sangre el decreto de su condenacion, á todos y á cada



uno de los hijos de Adán, desde el principio del mundo hasta la consumación de los siglos, ha merecido los auxilios necesarios y suficientes para que se conviertan, le conozcan y le amen. Pero como estas gracias no son debidas de justicia, aunque las ha dado y da comunmente por su misericordia; mas no siempre, ni á todos, ni en todo tiempo. El Espíritu Santo, dice S. Juan, sopla donde quiere, é inspira cuando quiere, como expone un célebre cardenal.

De estos principios, que son los de la religion en materia de gracia, se deduce á primera vista, cuán incierto es la tenga en su última hora el pecador que difiere su penitencia hasta la muerte. ¿Qué momento, señores, tan poco apropósito para emprender negocios árdulos! Un Dios irritado, á quien habeis tantas veces ofendido, á quien de por vida habeis tenido declarada la guerra y la rebelion, que os ha subyugado

sobre el lecho, para hacerós rodar en breve á los pies de su trono; una conciencia agitada á manera de un mar en deshecha borrasca, donde se anidan, cruzan y nadan los innumerables monstruos y reptiles de vuestros pecados; un cúmulo de gracias fugitivas por haber sido abandonadas y despreciadas; legiones de demonios, que presentan de tropel y como irremisibles los pecados; una razon debilitada con la violencia de los dolores y convulsiones que afligen la desfalleciente humanidad del moribundo; una voluntad, un corazon indócil, que jamás ha gustado las suavidades de la virtud, ni tiene ideas prácticas del amor de Dios, de la justicia, ni de la caridad cristiana, ¿no son estos los objetos que se presentan al enfermo en aquella hora; los enemigos que molestan su imaginacion y le rodean; las circunstancias difíciles en que se halla? ¿No os parecen oportunas para contar con



la gracia y todo lo necesario al importante negocio de la salvacion? ;Ó cuánto es de temer que en pena de su negligencia, ó por mejor decir, de su necia y temeraria presuncion, vuelva el Señor la espalda á esta clase de pecadores, dexándolos en abandono, por no haber clamado en tiempo!

En efecto, señores, ;no conspiran á infundirnos este justo temor una multitud de oráculos, dirigidos por el Espíritu Santo contra semejantes pecadores? ;Qué significan en el sentido óbvio aquellas palabras de los proverbios: *entonces me invocarán, y no los oiré. Yo os he llamado, y no me habeis escuchado; he extendido mis manos, y me habeis desatendido; habeis despreciado mis leyes, mis correcciones, mis reprehensiones; yo tambien en la hora de vuestra muerte, cuando venga sobre vosotros una repentina calamidad, me reiré de vuestra infelicidad, y haré burla de vos-*

*otros: ego quoque in interitū vestro ridebo, et subsanabo. ;Qué quieren decir aquellas palabras de un profeta: buscad al Señor cuando se puede hallar, invocadle cuando está cerca: quærite Dominum dum inveniri potest, invocate eum dum propè est?*

;No son estas otras tantas amenazas que hace Dios de negar sus gracias en la muerte al pecador que ha diferido su penitencia hasta aquella hora? ;Ah señores! tan cierto es que á la luz suceden las tinieblas, como que un abismo llama á otro, y que: *la tierra que solo produce espinas y abrojos, como dice S. Pablo á los hebreos, es réproba, próxima á la maldicion, y su consumacion será el fuego; porque es pena justísima del pecador, perder aquello de que no quiso usar bien, pudiendo hacerlo con facilidad, como S. Agustin se explica.*

Alegad, pecadores obstinados en el mal, alegad en favor vuestro, di-  
Tom. VIII. P



ce-un célebre abad, las promesas de la escritura: si decís, que la impiedad no dañará al impio en cualquier día que se convierta; os responderá Dios, que no hay salud para el impio, y que sus esperanzas perecerán con él. Si decís, que Dios no quiere la ruina del pecador, sino su conversión; el mismo Dios responde, yo me vengaré, y hallaré consuelo en la venganza. Si decís, que el que invocare el santo nombre del Señor, será salvo; el mismo Dios responde, no todos los que clamáren Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos. Si decís, que Dios es poderoso en misericordia, y que sus entrañas se mueven fácilmente por el arrepentimiento; el mismo Dios responde, que hay tiempo de perdonar, y tiempo de castigar... Si decís en fin, que está escrito, buscad, y hallaréis; el mismo Dios responde, me buscaréis y no me hallaréis, y moriréis en vuestro

pecado... No quiera Dios, concluye este abad, pretenda yo aniquilar las promesas de su misericordia, relativas á los pecadores que se convierten. Un pensamiento sencillo concilia estas antilogias, ú oráculos contrarios solo en apariencia. Estas promesas os pertenecen á vosotros, pecadores, los que vais aún de camino, y á quienes Dios llama en la hora á penitencia; y las amenazas se dirigen á vosotros, pecadores moribundos, los que habeis diferido hasta este momento la penitencia. Temed pues, no sea que se haya pasado para vosotros el tiempo de la gracia. Temed no sea que se haya cumplido la medida de los sufrimientos de Dios. Temed no se haya llenado el número de vuestros pecados, y que su mismo peso os haga caer en el pozo del abismo. Temed no venga sobre vosotros la repentina calamidad del juicio de Dios, y las tinieblas. Temed no sean vues-



tros fines peores que vuestros principios, según el oráculo de Jesucristo: *et fiunt novissima hominis illius pejora prioribus*. El fundamento de este justo temor proviene, como os he demostrado, de la total incertidumbre que hay de que el pecador moribundo que hasta allí ha dilatado su conversión, tenga en aquella hora tiempo, voluntad sincera, y gracia para hacer penitencia.

Y por lo que hace á vosotros, los que me oís, y á quienes Dios convida con su misericordia en esta hora, no dilateis vuestra penitencia de día en día, si no quereis ser sorprendidos en el momento de la muerte; mientras tenéis tiempo obrad vuestra salud, y redimiendo el mal gastado en vicios y placeres mundanos, haced ahora frutos dignos de penitencia, porque se acerca el reino de Dios; mientras hay luz, seguid la luz, antes que os comprehendan y envuelvan las tinieblas. El que os

promete la salud eterna por medio de la penitencia, dice S. Agustin, no os ha prometido una larga vida. Hé aquí el tiempo aceptable, hé aquí el día de la salud. Hora es ya de despertar del letargo del pecado, y desterrar de vuestro corazón aquella paz funesta, que termina de ordinario en la ruina del alma. Ahora que resuena á vuestros oídos la voz del Señor, no los cerreis de propósito, burlándoos de sus amenazas, no sea que en castigo de vuestra obstinación, se burle Dios de vosotros en la hora de la muerte. Volved en vuestro acuerdo, pecadores, abandonad vuestras iniquidades, y apresuraos á entrar por las sendas de vuestra justificación. Aquí tenéis la imagen adorable de Jesucristo crucificado por vuestro amor: con los brazos abiertos os da voces amorosas: venid á mí, os dice, todos los que estáis oprimidos con el gravísimo peso de la culpa, venid á mí,



que yo os aliviare y consolare. Acercaos á este trono de clemencia, y con confianza de hijos á un Padre que tiernamente os ama, animados de un verdadero dolor y detestacion del pecado, decid en lo íntimo de vuestra alma: Señor mio Jesucristo &c. DIXE.



## SERMON

PARA EL VIERNES  
DE LA SEMANA TERCERA  
de cuaresma.

*Si scires donum Dei, et quis est qui dicit tibi: da mihi bibere, forsitan petiisses ab eo, et dedisset tibi aquam vivam. Joann. IV. 10.*

## SEÑORES:

El evangelio del dia nos presenta uno de los triunfos mas célebres de la gracia de Jesucristo, y un poderoso estímulo para que nosotros la apreciemos, y sigamos con fide-